BARGAS '95

FIESTAS POPULARES

EN HONOR DEL STMO. CRISTO DE LA SALA

15-19 SEPTIEMBRE

M.Mateo

REINAS Y DAMAS DE HONOR 1995

Rosa Pleite Villasevil
Reina Juvenil

Cristina Vicente Duque
Dama Juvenil

Clara Rdguez de Lizana-Ortega
Dama Juvenil

Patricia Rodriguez Villaluenga
Dama Juvenil

Natalia Pantoja Alonso
Dama Juvenil

Veronica Ocaña Pleite
Reina Infantil

Lidia Ramirez Perez
Dama Infantil

Vanessa Martin Garcia
Dama Infantil

SALUDO

Estamos en el 95, otra vez septiembre, otra vez las carrozas, la pólvora, los toros, los amigos, la alegría, el cansancio, las bargueñas, la procesión, en definitiva, ya estamos otra vez en nuestra «Función del Cristo».

Pasan los meses y parece que el tiempo se detuviera por unos días, días en los que todo es diferente, todo cambia, todo se ve desde una óptica distinta a como lo vemos el resto del año; en resumen, todo está enfocado en una misma dirección; la devoción al SANTISIMO CRISTO de la SALA, el respeto a los demás, la convivencia, la educación y la sana diversión de los que en este corto espacio de tiempo saben aprovechar con sensatez sus fiestas.

Quiero desde aquí agradecer a todas las personas y asociaciones que de una u otra manera colaboran en la organización de los actos programados.

También mi agradecimiento al personal del Ayuntamiento, Servicio de Limpieza, Policía, etc., que en estos días sacrifican sus horas de esparcimiento para que cada día esté todo listo y se lleven a buen término las actividades a realizar.

Por último, no quiero pasar por alto el hacer una llamada a las personas que participan en los encierros que se celebran; por favor, mucha precaución, mucha prudencia y mucha responsabilidad.

Felices Fiestas en nombre de la corporación que presido y en el mío propio.

Un abrazo
Vuestro Alcalde
Luis Miguel Seguí Pantoja

INFORMACION MUNICIPAL

NUEVA CORPORACION MUNICIPAL

El pasado día 17 de junio de 1995, tuvo lugar en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento de Bargas, la constitución de la nueva Corporación Municipal de Bargas, surgida de las pasadas elecciones del día 28 de mayo de 1995.

Los Concejales que componen esta nueva Corporación son los siguientes:

* Luis Miguel Seguí Pantoja	PSOE
* Francisca Martín-Delgado Muñiz	PSOE
* Gustavo Figueroa Cid	PSOE
* Luis Jesús Gómez Escudero	PSOE
* Adolfo Villatobas García	PSOE
* Francisco Javier Gutiérrez Perezagua	PP
* Mª Carmen del Cerro Gutiérrez	PP
* Marcelino Hernández Rodríguez	PP
* Angel Hernández Pleite	PP
* Margarita Ramírez Ontalba	PP
* Francisco Pleite Rodríguez	IU
* Juan Manuel Martín Rodríguez	IU
* Esperanza Bargueño Redondo	IU

DISTRIBUCION DE ORGANOS DE GOBIERNO Y COMISIONES INFORMATIVAS

* Alcalde-Presidente
  - D. Luis Miguel Seguí Pantoja
* Comisión de Gobierno
  - D. Luis Miguel Seguí Pantoja
  - Dª Francisca Martín-Delgado Múñiz
  - D. Gustavo Figueroa Cid
  - D. Francisco Pleite Rodríguez
* Tenientes de Alcalde
  - 1º Francisca Martín-Delgado Muñiz
  - 2º Gustavo Figueroa Cid

* Depositaria
  - Francisca Martín-Delgado Muñiz
* Comisión de Hacienda y Cuentas
  - Delegada • Francisca Martín-Delgado Muñiz
  - Vocal • Francisco Javier Gutiérrez Perezagua
  - Vocal • Juan Manuel Martín Rodríguez
* Comisión de Personal
  - Delegado • Luis Jesús Gómez Escudero
  - Vocal • Mª Carmen del Cerro Gutiérrez
  - Vocal • Juan Manuel Martín Rodríguez
* Comisión de Sanidad y Bienestar Social
  - Delegado • Adolfo Villatobas García
  - Vocal • Margarita Ramírez Ontalba
  - Vocal • Esperanza Bargueño Redondo
* Comisión de Urbanismo
  - Delegado • Luis Miguel Seguí Pantoja
  - Vocal • Angel Hernández Pleite
  - Vocal • Francisco Pleite Rodríguez
* Comisión de Cultura, Juventud y Mujer
  - Delegada • Francisca Martín-Delgado Muñiz
  - Vocal • Marcelino Hernández Rodríguez
  - Vocal • Esperanza Bargueño Redondo
* Comisión de Fiestas
  - Delegado • Luis Miguel Seguí Pantoja
  - Vocal • Angel Hernández Pleite
  - Vocal • Francisco Pleite Rodríguez
* Comisión de Servicios
  - Delegado • Gustavo Figueroa Cid
  - Vocal • Mª Carmen del Cerro Gutiérrez
  - Vocal • Francisco Pleite Rodríguez
* Portavoces Grupos Políticos
  - PSOE • Gustavo Figueroa Cid
  - PP • Mª Carmen del Cerro Gutiérrez
  - IU • Juan Manuel Martín Rodríguez

CONSEJOS PARA LOS ENCIERROS

* Todos los encierros comenzarán a las 9 de la mañana a la suelta de tres cohetes.

* Si bebes no corras los encierros pueden ser muy peligrosos.

* Si te caes en la carrera no te levantes y procura taparte la cabeza con las manos hasta que pasen los toros.

* Respeta los consejos e indicaciones de las personas que están organizando los encierros.

* Los corredores tienen preferencia para protegerse, dejadles paso para refugiarse.

* La enfermería y ambulancias estarán situadas en la Plaza de Toros.

* No toques ni cites a los toros porque pueden embestirte.

* Corre hacia adelante, no te vuelvas hacia atrás.

* Si corres el encierro no lleves mochilas ni objetos que dificulten tu carrera.

* Los menores de 14 años podrán asistir solamente como espectadores a los festejos taurinos tradicionales como son: encierros y sueltas de vaquillas, según determina la orden de fecha 10 de mayo de 1982.

CONSEJOS VARIOS

* No se etacionarán vehículos durante los días de las Fiestas (del 15 al 19 de septiembre) en c/ Santiago de la Fuente, Plaza Constitución y Arroyada.

* La nota anterior se hará extensiva a la c/ Teodoro Pérez durante el desfile de Carrozas del Viernes 15 y especialmente a las calles Iglesia y Procesiones el Domingo 17 con motivo de la Procesión del Stmo. Cristo de la Sala.

* En todo caso se deberán respetar las señales de tráfico y las indicaciones de la Policía Local y Guardia Civil.

EDUCACION PERMANENTE DE ADULTOS

¡¡ APRENDER NO OCUPA LUGAR !!

Si estás interesado en la EDUCACION PERMANENTE DE ADULTOS, para cursar estudios de:

* ALFABETIZACION
* CERTIFICADO DE ESTUDIOS PRIMARIOS
* GRADUADO ESCOLAR

Infórmate en el Ayuntamiento y apúntate para el próximo curso antes del día 14 de septiembre,

** TE ESPERAMOS **

EXTRACTO DEL ACTA DEL XVII CERTAMEN LITERARIO Y DE CARTEL ANUNCIADOR DE LAS FIESTAS - 95

* El jurado calificador del Concurso de Carteles formado por:
  - D. Francisco Hernández Paz
  - D. Isidoro Rubio Jiménez
  - D. Gabriel Cruz Marcos
  - D. Luis Pablo Gómez Vidales
  - D. Gustavo Figueroa Cid

  Acuerdan por unanimidad nombrar ganadores a:
  - **PREMIO GENERAL** ..... D. Marcelino Mateo Triviño. (Portada)
  - **PREMIO LOCAL** ..... Dª Ana Mª Gutiérrez López (Cont. post.)
  - **PREMIO INFANTIL** (1ª Categoría) - Cristina Villasevil Bargueño
  - **PREMIO INFANTIL** (2ª Categoría) - Tomás Jiménez Díaz

* El jurado calificador del Concurso de Narrativa, formado por:
  - Dª Mª Angeles Bargueño Bargueño
  - D. Jesús del Verbo Menchero
  - Dª Mª Luz Jiménez Guerrero

  Otorgan por unanimidad los premios a:
  - **PREMIO GENERAL** ..... D. Francisco Prada, por la obra: OJOS DE MAGNESIO
  - **PREMIO LOCAL** ..... D. Francisco de Paz Tante, por su obra: LAS ORTIGAS

  y proponen a la C.M. de Cultura sea concedido un accésit a la obra: OPERACION «ARFE» perteneciente a D. Mariano Calvo.

* El jurado calificador del Concurso de Poesía, formado por:
  - D. Jesús Pinto Garrobo
  - Dª Mª Eugenia Alguacil Martín
  - Dª Mª Luisa Díaz Navarro

  Conceden por unanimidad los premios a:
  - **PREMIO GENERAL** ..... D. Santiago Sastre Ariza con la obra: EL VERDADERO NOMBRE
  - **PREMIO LOCAL** ..... D. José Luis Téllez de Cepeda, por la obra: POR SENDEROS DE DOLOR

  proponiendo para accésit la obra: ARADJA EN LA PENUMBRA HALVA DE LA TRISTEZA, correspondiente a D. Alejandro García Calvo.

OJOS DE MAGNESIO

I

Aquella mañana de diciembre de 1965, Sabino Alonso, para su propio pasmo, se tiró de la cama a uña de caballo y sin resguardarse con el batín ni calzar las zapatillas fue hasta el estudio y abrió el estuche de la vieja Svobja. Aquella mañana de diciembre de 1965, Sabino Alonso, fotógrafo jubilado, Emérito de la Real Sociedad Fotográfica de España, Académico Correspondiente de Bellas Artes, Antiguo Proveedor de la Casa Real, tuvo lo que comúnmente se llama un impulso irresistible. Aquella mañana de diciembre de 1965, aunque tibia y luminosa, Sabino Alonso estuvo en el tris de pescar una pulmonía por tirarse de la cama a la descubierta y no abrigar convenientemente ni sus carnes ni su impulso. A pesar de la tiritona, Sabino Alonso, mientras limpiaba la vieja Svobja con benzol y trementina, estaba en la gloria. Fue aquella mañana de diciembre de 1965, tibia y luminosa.

La Svobja, como todas las cámaras checoslovacas de finales de siglo, era binocular, de visor superior y fuelle de caucho. Sabino Alsono la recibió de manos del Marqués de la Remisa (q.e.p.d.), primer presidente de la Real Sociedad Fotográfica de España, con la misma gravedad y solemnidad que, al parecer, los Papas recién elegidos escuchan las revelaciones de Fátima. Ella y Sabino habían sido testigos directos de grandes acontecimientos históricos: viajaron a la Olimpiada de París; fueron los primeros en dar fe del hallazgo de la Dama de Elche; retrataron las manos de Madame Curie, abrasadas por el radium; dejaron constancia del atentado del anarquista Güell; asistieron a la boda de Alfonso XIII, etc. Cuando Sabino Alonso, allá por el año 34, cambió la vieja Svobja por una flamante Leika de dieciséis milímetros comprendió que la checoslovaca se llevaba con ella los ojos de su memoria juvenil. Ahora, mientras la limpiaba con benzol y trementina, se sentía mocear por los adentros aunque algunos de los recuerdos que reverdecían fueran de los de llorar a moco y baba.

Sabino Alonso, embebido como estaba en su faena, no la sintió entrar al estudio, y eso que la Baldo era de las que se anunciaban con pregón de viento y tacón.

— ¿Qué hace aquí, alma de cántaro?

— Ya ves, mujer, que me ha dado, así, un repente...

— ¡Un pasmo es lo que le va a dar! ¡Descalzo y en perneras! ¡A coger lo que no tiene!

— ¿Está el desayuno?

— Pues claro que está, ¿cómo no va a estar?

— Ahora voy.

— Ahora no, ¡delante de mí! ¡Venga, arreando!

Sabino Alonso sabía que la presencia de la imponente matrona —toledana por más señas— le hacía perder dignidad; pero no buscaba el remedio. Prefería tragárselas con cáscara antes que alzar el gallo por encima del de ella. Cuestión de educación y ganas de no agriarse la vida. Algún amigo de la Academia le había dicho que un hombre de su edad y categoría no tenía por qué soportar el trato tan áspero y tan rudo de una sirvienta. Pero él reconocía en su fuero interno que la Baldo era más que una criada. Se quiera o no, cuarenta y dos años de encontronazos en el pasillo llegan a conformar una relación más fraternal que la de la pura servidumbre. Y desde que había enviudado y la soledad se había encargado, consecuentemente, de administrarle un nuevo mordisco en las entrañas, casi agradecía los bufos y desplantes de la toledana.

— ¡Mire qué artes de estudio me deja!

La verdad, Sabino Alonso no había descolocado gran cosa, pero cualquier cambio que se hiciera en el estudio adquiría gran relevancia ya que hacía años que no se utilizaba. Era una

habitación grande y despareja, con doble balconada a la calle, que estaba siempre sumergida en las tinieblas para que la luz del sol no dañara los muebles (y también, posiblemente, para que no avivara los recuerdos). Por allí habían pasado Primo de Rivera, Canalejas, Belmonte, Marañón, Romero de Torres o Gómez de la Serna; hasta la infanta Isabel, la Chata, tuvo a bien venir a posar en él una tarde de primavera. Eran otros tiempos: por aquel entonces no conocer a Sabino Alonso significaba no ser conocido en Madrid.

— ¡Ni los niños chicos dan tanta guerra como usted! ¡Hay que fastidiarse!

La Baldo movía el aire con mucha soltura. Era jamona, risueña, larga de lengua y opulenta de pechuga, corta de resuello por las apreturas de las gomas, el rostro harto cuajado de verrugas, tan cargadita de buenas intenciones como aliviada de cortedad; tan amiga de su casa como de todo lo que se cocía en la ajena.

Sabino Alonso desayunó en un periquete y se vistió en dos. Le parecieron una eternidad los minutos que la Baldo empleó en afeitarle y en ponerle la inyección de hierro, y luego se limitó a echar un somero vistazo a la portada del periódico. No estaba para tiquismiquis: allí afuera, en la calle, había algo, quizá alguien, que le esperaban a él y a la vieja Svobja. Cargó la máquina con una película nueva y echó a barato los comentarios de la Baldo sobre las novedades en la vecindad.

— Las de Alcañices todavía no han amanecido. ¡Así da gusto vivir, leche, sin menear el pericón! ¡Nos ha merengao!

— Es temprano, mujer.

— Ayer pillé a la pequeña hablando con un hombre.

— No era un hombre, era su hermano.

— ¡Mucho bigote tenía para hermano!

— Mira que eres. Si son unas beatas...

— Pero más conocidas que la ruda. Cría fama y échate a dormir. Claro que ésas se echan a dormir con la fama y con todos los que se dejan.

Sabino Alonso se llegó hasta el vestidor del pasillo y descolgó la capa de paño azul con vueltas de terciopelo. Despreció la boina que le tendía la Baldo y echó mano al sombrero de fieltro de ala ancha.

— ¿Se puede saber dónde va tan peripuesto?

— Por ahí.

— Siempre va al mismo sitio, leche.

— ¿Quieres que te suba el pan?

— No, que tengo que bajar yo. ¿Lleva pañuelo?

— Sí.

— Pues límpiese los berretes del café. Y venga pronto que voy a poner arroz.

Sabino Alonso aguardó a que la Baldo cerrara la puerta de la calle para enfilar escaleras abajo. Cuando vestía capa, cosa que hacía a menudo, miraba de lado al ascensor y prefería bajar a pie. Disfrutaba al sentir que los vuelos de la capa acariciaban los bruñidos barrotes de la barandilla. Era una sensación que, sin motivo aparente, le confortaba grandemente y le parecía devolver el señorío y prestancia de otros tiempos.

La calle estaba todavía a medio bostezar. El solecillo invernal fingía oros y fuegos en las cornisas y los humos madrugadores de las calderas de carbón aromaban el aire. Algunos barrenderos arañaban la mañana con sus lentas y cosquillosas escobas. Un perro de costillas vistas, berrendo de mil leches, que acababa de ser atropellado por un coche trasnochador, se arrastraba él solito a la Clínica de la Merced para que lo curaran. Sabino Alonso aseguró la correa de la cámara bajo la capa y, tras cruzarse un embozo, se plantó de dos zancadas en el Retiro.

Estaba el parque evaporando escarchas nocturnas y con los caminos a medio crujir. Algunas ardillas coleaban por los troncos de los castaños y vigilaban la mañana con sus ojillos despejados. A Sabino Alonso le parecían unos bichos muy tontucios y, a pesar de su aparente vivacidad, algo

bolonios y tolondros. Se le antojaba gran tontería que anduvieran siempre rama arriba, rama abajo para, de pronto, sin razón ni fundamento, quedarse quietos, inermes, acoquinados, a mano de garra ajena. Y le consumía la paciencia su voracidad de huérfanos, su desaforado roer, sus insufribles rustidos.

Sabino Alonso hizo un alto en el primer remanso del Canal del Príncipe, pomposo nombre para arroyo tan menguado, y miró la Chopera con retina crítica. Sacó la Svobja de su estuche, ajustó el objetivo y se decidió por una exposición lenta para captar los matices de colores que ya se encendían en las copas de los árboles. Al terminar, saludó a Fortunato, el zapatero de la calle Arlabán, que daba su caminata diaria a compás de jubilado: pie delante / pie atrás / pie delante / pausa para respirar. Era un hombre de mucho mérito que, durante su vida profesional y a ratos sueltos, construyó una artística silla con las estacas que aparecían en los paquetes de Ideales.

Sabino Alonso no volvió a guardar la cámara y, mientras caminaba hacia el estanque, se entretuvo en seleccionar diferentes encuadres, sin decidirse por ninguno. Al cruzarse con dos muchachas adolescentes, picoteras y reidoras, estiró en lo que pudo la figura para darse algo de pisto. Las pollitas miraron la grave estampa del fotógrafo con un poco de aprensión y luego soltaron el buche de la risa cuando ya habían rebasado su altura. Sabino Alonso pensó entonces que eran dos zangarillejas de mucho cuidado, a buen seguro haciendo pellas, y se caló el sombrero para cubrir en lo posible su turbación.

El estanque estaba cubierto por una neblina baja y filosa y algunos rayos de sol venían a herir su mansa superficie como buscando un despertar apacible a las aguas. Sabino Alonso se acercó al monumento a Alfonso XII y volvió a sentir el mismo impulso arrebatado que le hizo tirarse de la cama por la mañana. Pero en seguida se desvaneció.

Contempló el conjunto escultórico en honor del rey «pacificador» y se reafirmó en la idea de que José Grases, el arquitecto, había sido un mal imitador. Sabino Alonso conocía la obra que sirvió de inspiración —el monumento al Emperador Guillermo I en la ciudad alemana de Coblenza— y decidió que ni por suntuosidad ni por armonía tenían posible comparanza. José Grases, a quien trató bastante, era un grullo, un arquitecto chirle, gurrumino y presuntuoso que hizo del plagio su particular gloriamundi. Fue tan avaro de ideas como de monedero: usaba los cuellos por los dos lados y se teñía el bigote con el tizne de la sartén. Sabino Alonso lo recordaba perfectamente el día en que se puso la primera piedra de la obra, allá por mayo de 1902: andaba el muy marrajo de un lado para otro, esponjado como un palomo, perejil de cualquier salsa, queriendo salir en todas las placas. Veinte años después, el día de la inaguración, mendigaba afectos por los corrillos sin que nadie se apiadara de su desvalimiento. Bien ganado se lo tenía.

Sabino Alonso pensó ahora que a veces pensaba cosas muy vanas, muy sin sentido. Cosas de viejo. Espantó el recuerdo, como mosca molesta, y decidió concertar las lentes para enfocar la estatua del rey. Aquella sí era una obra cabal y de temperamento. Su amigo Benlliure, el autor, a quien retrató en varias ocasiones, había tenido mano y temple de maestro.

Fue entonces cuando la vio. Allá arriba, junto a las patas delanteras del caballo, una figura humana saltaba el balaustre y se acercaba peligrosamente a la cornisa. A Sabino Alonso, a simple vista, le parecía una imagen irreal y fantasmagórica; más contemplándola a través del visor de la Svobja, cobraba realidad. Ajustando el diafragma, pudo apreciar que se trataba de una mujer de mediana edad, vestida con un traje festivo, negro y largo, cuajado de cristales y azabaches. A pesar de que se tocaba con sombrero y de que un tafetán velaba parte de su rostro, a Sabino Alonso le pareció que la misteriosa mujer sonreía. Que le sonreía exclusivamente a él.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de lentes. La mujer se dejó caer al vacío, con aire elegante y desmayado, permitiendo que la cola del vestido se ondulara con maneras clásicas y el tafetán culebreara airoso en mil caprichosas formas. Al estrellarse contra la escalinata no produjo ese sonido hueco y sordo que todos los manuales de suicidas reclaman para los iniciados. El suyo fue un sonido leve, pero entero y firme, semejante al de las bailarinas que fingen caer malheridas de amor sobre la madera de los escenarios lujosos.

Sabino Alonso había tenido tiempo para tomar tres fotografías del suceso. Iba a disponer una cuarta pero, al ver que se acercaban varias personas, no tuvo presencia de ánimo. Guardó la cámara entre los pliegues de la capa y se apresuró a componer para la galería el gesto más desconcertado, el más pesaroso y contrito que almacenaba en los archivos de su cara.

Pero a Sabino Alonso los adentros le hervían como caldera de fogonero. Era la misma sensación que tuvo aquel otoño del 38 cuando captó el instante en que un miliciano caía abatido por bala enemiga en el Cuartel de la Montaña; similar a la que sintió en el 42 al retratar la cogida y muerte de El Algabeño en la plaza de toros de Carmona; idéntica a la del 45 cuando pudo fotografiar a la envenenadora de Valencia en capilla, minutos antes de que le dieran garrote. La cercanía de la muerte no lograba alterar sus sentimientos personales si le pillaba con una cámara en la mano. En esos momentos, su sensibilidad se la transmitía a la película y sus pulsos se los cedía al disparador. Ahora mismo, estaba deseando desaparecer del lugar para encerrarse en el cuarto oscuro de casa y revelar la tragedia encerrada en las bobinas de la Svobja. Sabino Alonso, como todos los profesionales de su cuerda, tenía en estos instantes trágicos piel de papel de copias, sangre de emulsión, ojos de magnesio, lágrimas de hiposulfito y metol.

En un santiamén, se vió rodeado por un variopinto grupo de curiosos que desgranaban los comentarios y consejos más peregrinos. A todos calló, con cumplidas razones, un caballero sesentón, bien apersonado y de ventajosa talla. Sabino Alonso lo reconoció al instante: era su vecino don Porfirio Valcárcel, Magistrado que fue de lo Civil en la Audiencia Nacional, hombre elocuente, elegante y erudito y muy visitador de damas. De él se decía que, en los juicios, siempre preguntaba a las señoras su edad antes de tomarles juramento. Todo un caballero galante.

Sabino Alonso, viendo que don Porfirio, acostumbrado como estaba a estos lances, encarrilaba prontamente la situación, optó por ahuecar el ala antes de que nadie le viniera con formalidades o requilorios. No se había separado dos pasos del grupo cuando escuchó la voz grave y timbrada del magistrado:

— ¡Por los clavos de Cristo! ¡Pero si es Adelita Lulú!

— ¿Quién?, —preguntó un recluta bisojo que no se perdía ripio—.

— ¡Adelita Lulú! Una cupletista de mi época.

—Estas artistas siempre tan numereras, —remachó el sorche—.

Sabino Alonso no quiso esperar nuevos comentarios acerca de la difunta y se deslizó hacia el embarcadero, a la chiticalla, con habilidad de fantasma. Rodeó la glorieta de María Cristina, cruzó los parterres de la Casa de Vacas y enfiló el Paseo de los Tilos para salir por la Puerta de Hernani. Apretaba los talones con la misma ansia que la cámara que escondía bajo la pañosa. Llegó a casa alterado, convulso, no se sabe si con el temblor del ladrón, la marejada del borracho o la palpitación del novio primerizo.

La Baldo no estaba. Gracias a Dios y a toda su corte celestial de ángeles, querubines y serafines, la Baldo no estaba en casa. Sabino Alonso se quitó capa y sombrero con dos manotazos y entró al cuarto oscuro. Allí, mientras sacaba la película de la cámara, intentó poner en orden todas las ideas que se amontonaban en su cabeza. Tenía unas fotos espléndidas, eso estaba claro. Una vez reveladas, lo más sensato sería llamar a Ortega, el de la agencia Hispania, para ofrecerle la exclusiva. Nunca le había fallado.

De repente, Sabino Alonso, tras verter el ácido en la cubeta, recordó que Ortega había muerto hacía ya un par de años; al parecer, un mal de aire de perlesía se lo había llevado de este valle de lágrimas. Daba igual. Siempre podía recurrir a Montejo, el de «Blanco y Negro», o a Castejón, que a buen seguro seguía en la Prensa del Movimiento. Aunque éste último no se lo merecía: era un porcallón de cáscara y médula; uno de esos hombres espesos y churretosos a los que dan ganas de preguntar de dónde diablos sacan tantas camisas sucias para mudarse. A lo mejor también había pasado a mejor vida. Sabino Alonso, mientras cortaba los negativos, discurrió que a su edad ya tiene uno más amigos en el cementario que en el catastro.

¿Sería en verdad Adelita Lulú? Las últimas palabras del magistrado le habían entrado en las orejas como clavo chinchorrero. ¡Adelita Lulú! La inolvidable intérprete de «Pepa la florista», de «Cruz de Mayo», de «Bartolo, si vas al cine», de «Mimosa soy», de «¡Ladrón!». ¿Cómo era...?

— «¡Ladrón, ladrón!

No mereces otro nombre.

¡Ladrón, ladrón!

¿Dónde empeñaste, mal hombre,

los pendientes y el mantón?

Sabino Alonso dejó los negativos en exposición y fue en busca de su archivo. Recordaba vagamente la figura de la frágil cupletista: él la había retratado varias veces, cuando ella empezaba a catar las mieles del triunfo, pero luego perdió su pista. Sus años de esplendor debieron coincidir con los que él pasó por Europa como enviado especial de «La Ilustración». ¡Adelita Lulú! ¿Quién se lo iba a decir? ¡Vaya moscatel!

Sabino Alonso dejó los archivadores a mano y terminó el revelado. Poco a poco, fueron apareciendo en el papel, emergiendo de las aguas, los débiles contornos del suceso mañanero. Cuando vio el resultado, Sabino Alonso tuvo que apoyarse en la pared. Las fotos estaban perfectas de foco y encuadre, tenían la luz adecuada y reflejaban una situación tan vital como trágica. Eran fabulosas. A pesar de ello, Sabino Alonso, al verlas, tuvo que apoyarse en la pared para no caerse del susto.

II

La Baldo dejó en la cocina la bolsa de la compra y fue a su alcoba para cambiarse de ropa. Se había puesto el vestido de topos rojos, que le marcaba la espetera a modo, porque era el que más celebraba el pollero. Hoy tocaba arroz con pollo, hoy veía al pollero, hoy se ponía el vestido de topos rojos. Desgraciadamente, el pollero andaba con catarro y no había ido al puesto. La Baldo estuvo a punto de cambiar la minuta y poner unos filetes de hígado, pero al final se contuvo y pidió el género a la madre del gañán. En cualquier caso, la ausencia la había puesto de uñas y venía con ganas de descargar el nublado.

Encontró a su señor sentado en el estudio con la mirada perdida en los infinitos y aire pasmón y alelado. La mesa estaba llena de papeles, recortes de periódicos y fotografías. La Baldo, al ver el batiburrillo, soltó el acerico de la lengua:

— ¡Qué mala sangre tiene usted! Sabiendo lo mala que estoy, me busca más faena. ¿No podía haber sacado todos esos colorines en el saloncito?

Sabino Alonso despertó una miaja de su ensimismamiento pero no abandonó la nube lejana y tormentosa en que se había subido. La sangre le hacía tararira en la sienes. Cuando habló, lo hizo con una amargura inusual:

— ¡Déjame en paz!

— ¡Por mí, bien dejado está! ¡Y, si quiere, le canto ahora mismo el gorigori! ¡Nos ha fastidao el marqués!

La Baldo salió del estudio con muchas ínfulas, pisando fuerte y castigando los quicios de la puerta con el trepe de sus caderonas. Sabino Alonso se recogió en su concha, como caracol aturdido, y dejó vagar los ojos por las fotografías repartidas en la mesa. Por más que lo veía... ¡no era posible!

La Baldo abrió la ventana de la cocina y se puso a hablar con Fermina, la criada de la casa de enfrente, una malagueña renegrida y ceceante. Las palabras de las mujeres resonaban fuerte en el patio interior, metálicas y rasposas, como las que brotan de los altavoces de los feriantes.

— ¡Todo el estudio empantanado, maja!

— Si no sé como le aguantas...

— ¡Y con la flojera que tengo yo hoy! Que me ha venido la guasa.

La Baldo siempre bajaba la voz para decir «la guasa». En realidad la Baldo siempre bajaba la voz para nombrar la menstruación con cualquiera de los términos que le adjudicaba. Dijera «estoy con el San Gregorio», «tengo el treinta» o «me ha visitao el tío Paco», la Baldo siempre bajaba la voz. Debía ser por la trola, ya que a la Baldo se le había retirado el período hacía ya unos cuantos lustros. El caso es que, fuera por lo que fuera, la Baldo, en esos casos, siempre bajaba la voz.

Sabino Alonso se conocía al dedillo la cuestión. Tal vez por ello, al escuchar algo sabido y cien veces oído, despertó de su letargo. Recogió por encima algunos recortes, cerró descuidadamente las carpetas y tomó la decisión de enfrentarse a los hechos. Allí estaban las tres fotos famosas: en ellas se veía a la suicida caer desde una altura hasta el suelo. Lo sorprendente, lo ilógico, lo fantasmal era que el paisaje que dejaba tras su cuerpo no era el del Retiro. No aparecía el monumento a Alfonso XII, ni la columnata, ni la balaustrada. En su lugar, se veía un palacete dieciochesco que Sabino Alonso identificó al momento como el de Linares.

Al principio pensó que su cabeza le estaba jugando una mala pasada, luego caviló que la película bien podía estar ya impresionada, más tarde recurrió a explicaciones milagrosas. ¿Qué era aquello? ¿Qué estaba pasando en su vida? ¿Por qué tuvo una premonición misteriosa a la mañana? ¿Quién estaba jugando con su destino? Sabino Alonso no tenía respuestas. Pero estaba convencido que, de haberlas, las encontraría en el Palacio de Linares.

Sabino Alonso dejó la Svobja sobre la mesa, guardó las tres fotos en un sobre, recogió capa y sombrero y salió de su casa. Caminaba calle Alcalá abajo con aire sonámbulo, arrastrado por una fascinación secreta, como va el inocente pájaro en busca del reptil que le va a cortar el aliento.

No le fue difícil colarse en el caserón. Llevaba muchos años abandonado y las puertas cedían al primer empellón, cansadas de soportar la crujida del tiempo. Subió por la escalera principal hasta el salón de baile del primer piso. Al traspasar el umbral, se encontró con un mundo de espejos sin azogue, de arañas deshiladas, de molduras mordidas, de óxidos y desconchones. Un mundo polvoriento, ajado, sin linde y sin propósito.

Y allí estaba ella, medio recostada en un diván que perdía pelote por los bajos y fumándose un emboquillado turco. Adelita Lulú en persona, la bella Adelita, reina del Chantecler, pasmo del Trianón.

— ¡Estamos hechos dos maulas, Sabino!

— Yo sí, Adelita, yo sí. A ti da gloria verte.

— Hombre, para llevar cuarenta y tres años muerta... tengo un pellizco.

Sabino Alonso, en otro tiempo, se hubiera camelado a la cupletista explicándole que, según la personalísima teoría de su amigo Flores, se podían distinguir varias suertes de pellizcos. A saber: pellizcos preventivos, de apremio, de recargo, de contumacia y de retortijón; éste último era el más terrible: no se contentaba con menos que con ser cardenal a las tres horas de haberse hecho pellizco. Sabino Alonso, en otro tiempo, hubiera aprovechado la labia para dejar una muestra de cada clase de pellizco en el muslo de la susodicha. Ahora, con ochenta y dos años, como ochenta y dos plomos en cada ala, se limitó a preguntar:

— ¿Para qué me has llamado, Adelita?

— ¡Hijo, qué sinsustancia que eres! Te encuentras a una fantasma y te quedas, así, tan pancho, como si te hubieras encontrado dos reales.

A decir verdad, Sabino Alonso estaba plantado como un sombrajo, más blanco y tieso que papalina de monja, estirado como un visigodo, desangelado y gris cual cena de Cuaresma. O sea, que de pancho, nada de nada.

— Siéntate aquí a mi vera, tunante, que te quiero enseñar una cosa.

Sabino Alonso no se sentía las piernas. Caviló que las tenía allá abajo, que existían, cuando se vio sentado en el diván: el razonamiento era simple, si le habían llevado hasta el mueble era prueba evidente de que aún las conservaba.

— ¿Recuerdas esta foto? Nos la hiciste tú hace una patulea de años, en el Gran Kursaal. Mira, el que me está besando es Juanito Segrelles; el de atrás es Alvaro Retana, que Dios haya; ése es Julio Montesdeoca, que también lo tendrá Dios; el de al lado es el comisario Padilla, que no creo que lo quiera tener ni Dios ni diosa; y ése de atrás es la locaza del Marqués de Cuellar, que no se perdía un sarao. ¿Te acuerdas de la guasa?

«Dejó este mundo de abrojos
El desdichado marqués.
Se fue cerrando los ojos.
¡Los tres!».

Sabino Alonso se acordaba de todo: de la foto, de la fecha, del sitio, de la guasa y hasta del marqués. Adelita Lulú era la estrella del local: veinte años, carnes cumplidas y sal por arrobas. Pero era una «rara avis» en el género cupletero. Su exotismo provenía de pregonar a los cuatro vientos que era mocita, virgen intacta, y que lo seguiría siendo hasta el altar. No sucumbiría antes. Ni una caricia, ni un beso siquiera de adelanto.

La noche de autos estaban todos sentados alrededor de una mesa de pista, celebrando la despedida de Adelita: iba contratada ¡nada menos que al Folies Bergère de París! Las botellas de champagne se descorchaban a tutiplén. Juanito Segrelles, noble por familia, guapo hasta decir basta, derrochador y galante, hizo entonces una proposición a la artista:

— Adelita, es usted la mujer soñada. Reverencio su belleza tanto como su virtud. Pero hay besos mágicos que no precisan de carne ni de deseo y por consiguiente no ensucian la honestidad. Yo le aseguro que soy capaz de darle a usted un beso sin posar los labios, sin moverlos, sin rozarla; sin que usted se entere, siquiera.

— Un beso, ¿dónde?

— En cualquier parte. Donde usted guste.

— Imposible.

— ¿Qué se apuesta?

Adelita, mitad intrigada, mitad seducida, acuerda jugarse una cantidad simbólica: una peseta. Pone la moneda encima de la mesa y arrima otra el galán.

— Usted dirá, Segrelles.

— Vamos allá.

El mocetón rodea con sus brazos a la cupletista y prensa su boca contra la de ella. El beso es interminable. Expectación, silencio, pausa. La mujer forcejea para desasirse y el hombre, al fin, la libera. Ella, desconcertada, respira hondo y él, confuso, confiesa:

— Pues es verdad, Adelita. No es posible dar un beso sin posar los labios. He perdido. Usted gana la peseta.

Excusado es decir que el trépele que se montó a continuación fue de los que hacen época. Para más inri, Sabino Alonso pasaba por allí con su cámara e inmortalizó el suceso. La fotografía se publicó en todos los periódicos y revistas.

— Me jeringaste con la foto, Sabinito. Ni queriendo te sale mejor.

— Aquello te dió mucha celebridad, ¿no?

— Yo ya era célebre, ¡qué contro! Pero lo era, entre otras cosas, por ser la única cupletista decente que había en Madrid. Después de la foto, ¡vaya usted a vender recato, madre abadesa! Tuve que hacer lo que todas: desde buscarme la pulga a tirar de regadera. Maldita la necesidad. ¿Sabes cómo terminé anunciándome en las giras por provincias?

— Pues no.

— «Adelita Lulú, la única artista que viaja sin madre». Calcula el cambiazo. Y todo por tu culpa, ladrón. Guapa charranada me hiciste con la fotito.

— Bien que lo siento, mujer.

— Yo no.

Ahora sí que a Sabino Alonso se le desconcertó por completo el reloj de la cabeza. Ya no daba ni laudes, ni tercia, ni nona, ni el minuto preciso daba.

— ¿Cómo dices?

— Que yo no me arrepiento, hombre. En aquel momento te hubiera matado con sable, con pistola y hasta con mixtos en el café. Pero ahora te lo tengo que agradecer.

— Me he perdido, Adelita.

— Es claro: si tú no me haces la foto, yo hubiera ido de niña litri por la vida hasta encontrar al sujeto que me pusiera un anillo. Como me la hiciste, tuve que ir de torera y desgarrá, al compás de las demás socias.

— ¿Y...?

— ¡Qué así me lo he pasado de buten, Sabino! ¡Qué he tenido de todo en la tierra! !Hombres, joyas, viajes... de todo! ¡He tenido hasta la suerte de morirme joven y no ver cómo se me descolgaban las carnes! ¿Comprendes?

— Más o menos.

— Y lo bueno es que ahora, en este Infinito en que me encuentro, he tenido la oportunidad de conocer al marido que el destino me había preparado.

— ¿Quién era?

— Un marmolillo de mucho cuidado. Tú lo conociste: José Grases, el arquitecto.

— ¡El que hizo el monumento desde el que te has tirado!

— El mismo. Un bocazas y un petate, que me hubiera avinagrao la existencia. ¡Ah, y para que te vayas aclarando, yo no me he tirado desde ningún sitio, que conste!

— ¡Yo te he visto!

— Tú has visto un bulto que caía y sanseacabó.

— Pero... Porfirio Valcárcel también te ha reconocido.

— Porfirio es un guasón que me ha ayudado a traerte aquí.

— ¿También...?

— Está muerto sí. Le atropelló hace un mes el trolebús de Prosperidad. Una pena de hombre, con esos ojos y esa espalda...

— ¿Y tú?

— Yo doblé la servilleta aquí, en esta casa, el año veintidós. Tenía un interludio, una liason, que dicen los franceses, con el heredero; el duquesito de Monteverde, ya sabes.

— ¿Y te tiraste por la ventana?

— ¡Quita para allá, so pasmao! A mí me despenaron unas purgaciones mal curadas. Bueno, y unos excesos con la morfina, para que te voy a engañar.

— Pero tú... yo... las fotos...

— Las fotos son una pamplina, lirio. Travesuras de ánimas. ¡Qué no sabemos cómo entretener el tiempo, rediez! A más, que a estas cosas si no le echas un poco de misterio se quedan en nada, te advierto.

Sabino Alonso, pálido, goteando trasudores, abrió el sobre con la sospecha ya pintada en la frente. Los toros eran ciertos: allí aparecía él, en las tres fotos, tirado en el suelo, muerto junto a la cupletista.

— No sabía como decírtelo, Sabino.

— O sea, el que se va a suicidar... soy yo.

— ¡Mira que eres corto de alcances, hijo! No, tú no te vas a suicidar. Tú te estás muriendo en este momento en tu casa.

— ¿Qué dices?

— Lo que oyes. De una inyección mal puesta.

— ¡La Baldo!

— Equilicuá. Esa manía tuya de que te pinche ella...

— ¡La madre que la trajo!

— No la culpes, hombre, estaba escrito.

— ¿Y no puedo hacer nada...?

— Aguantar y echarte un pito conmigo. El trance pasa pronto y luego se queda uno muy desahogao. Toma, enciende.

Para ser la priemra vez que se moría, Sabino Alonso lo hizo con mucha prestancia. La verdad es que el suyo fue un tránsito de poca monta —ya venía muy cascado a él—, y se le antojó como simple asunto de fontanería: como si le quitaran el tapón de las entrañas y se le fuera el alma cañerías abajo hasta los albañales del sosiego y la mucha tranquilidad.

— Pues tan ricamente que se queda uno, Adelita.

— Ya te lo decía yo.

— ¿Y ahora?

—Paciencia y barajar. Lo propio es que vuelvas a casa, a tu querencia, y des la tabarra a la Baldo, que bien se lo merece: por entremetida, por entresacada y por salida. Pero si quieres quedarte conmigo unos días, hasta que pasen los sofocos del funeral... Yo aquí estoy sola...

— ¿Puedo hacerlo?

— Ya puedes hacer lo que te salga del jopo. ¡Eres libre, Sabino, libre! La vida es la condena: una condena a muerte. Ahora ya no tienes cadenas.

— Lo explicas divinamente, Adelita.

— Llámame Raimunda.

Sabino Alonso del Río, Emérito de la Real Sociedad Fotográfica de España, y Raimunda Lago Rodríguez, más conocida en los escenarios como Adelita Lulú, se miraron al fondo de los ojos y decidieron, sin palabras y de común acuerdo, hermanarse en complicidad por si la resurrección de la carne fuera cierta. De momento, por sí o por no, tuvieron el gusto de marcarse un tango. Entre gallos y medianoche.

III

La Baldo se quitó el luto cuando acabaron los seis triduos de los responsos, las veintisiete misas de difuntos y los consabidos nueve rosarios de dolor. Las vecinas la pusieron verde por tanta premura, y ella, alma de feria y cuerpo serrano, se puso un alivio de luto multicolor. Si venía al caso, acallaba los despotriques y comadreos diciendo de corrido y con mucho pespunte que las que más hablaban más tenían que callar, que ella llevaba el duelo en el corazón y que no se iba a enterrar, ¡a sus años!, bajo siete sayas negrales y retintas. y repechándose entera, remataba la letanía añadiendo que, para que se empaparan, ella era «muy» posconciliar.

Ciertamente, el Vaticano II nada había señalado sobre lutos o alivios, ni mucho menos sobre darle llave de casa al pollero para que el fulano entrara y saliera a su gusto y albedrío. Pero la Baldo, a pesar de no haber leído todas las conclusiones del último Concilio Ecuménico, —los ajetreos posmortuorios le dejaban muy poco tiempo libre—, advirtió que nuevos aires ventilaban la Iglesia y, por ende, oreaban la España de sus entretelas. Ella era una de esas criadas que, por su fidelidad, se había ganado a pulso la mención en la esquela de su señorito y también, ¿por qué no?, el legado de la casa en propiedad. Ya podían venir parientes forasteros o sobrinos de última hornada a reclamar la legítima que en los papeles ponía bien clarito que ella, Baldonera Garcillán Fuertes, natural de Esquivias, provincia de Toledo, era la dueña y señora de la vivienda. O sea, que podía dar copia de la llave a quien le viniera en gana, así dijera misa Su Santidad y toda la recua grana de cardenales conciliares.

Aquella tarde de febrero, martes de carnaval, la Baldo se quedó acunada entre las sábanas, algo vencida pero con ronroneo de gusto, después de que el pollero le hubiera batido las mantecas a modo, tal y como acostumbraba a hacer en los últimos tiempos, con notable dedicación, a esa hora medio sonámbula de la siesta. El hombre, luego de limpiarse la sementera sobrante del deleite con los bajos del cobertor, giró vistazo somero a la toledana y columbró que aún le quedaban dos cabezadas y una trasposición. A pesar de ser un garañón plomizo y metido en arrobas, salió de la alcoba con la misma ligereza del amante clásico: paso quedo y planta de lana, amor, sin espantar al dormido ruiseñor. Abrió la puerta de la calle a sus compinches, que ya aguardaban hace rato en el descansillo, y entraron éstos con apariencia de comparsa y máscara de carnaval. El pollero había discurrido que las fechas del antruejo eran las mejores para limpiar la casa de su concubina: la celebración permitía el disimulo del disfraz y el resguardo del embozo. Con las mismas, convenció a los socios para que se agenciaran coletos bastos, sacos tiznados y caperuzos de arpilera con el fin de que todos, en amor y compaña, pudieran pasearse impunemente por las calles como la Comparsa de Carboneros Irredentos de Chambería, sin que nadie apreciara que en los costales, en vez de cisco, coque o galleta, cargaban los bienes vendibles del difunto fotógrafo.,

La cuadrilla de rateros visitó en primer lugar el estudio del finado pensando, con razón, que allí se encontraban los objetos más valiosos: cámaras antiguas, focos, trofeos de plata, cerámicas afamadas, cuadros de firma... Pero no tuvieron tiempo de comprobarlo porque nada más traspasar la puerta un intenso destello de luz los deslumbró, dejando en sus pupilas chiribitas luminosas que gusaneaban a placer. No se habían repuesto del primer susto cuando, desde esquina contraria, les escupió un segundo fogonazo, si cabe más ardiente y extremado que el que abrió fuego. Después, sin solución de continuidad, cual batería enemiga, cayeron sobre sus personas ráfagas penetrantes, fluorescencias agudas, hondos relumbres de magnesio y eléctricos chispazos, tan breves como insufribles. Acribillados desde todos los puntos cardinales, ojos candentes y barba en temblores, los fingidos carboneros salieron de naja, atropellando muebles y puertas y enredándose con sus mismos sacos, miedos y oraciones.

El pollero, genio y figura, fue el único que no se sumó a la estampida y, cual hércules tientaparedes, más ciego de rabia que de quemazón, se llegó hasta la balconada y descorrió los cortinones en un solo zarpazo. La luz del atardecer entró a la estancia sin tránsito y con aplomo, como visita inoportuna, pero iluminó las tinieblas, aplacó los sobresaltos y permitió comprobar al hombrón que allí no había nadie; nadie visible, al menos. Durante unos segundos todo fue silencio y calma chicha, todo suspiros y confortación. De pronto, la vieja Svobja, que descansaba sobre la mesa, giró su ojo óptico hasta enfocar al pollero y, con mansa solemnidad, accionó el disparador. El sonido mecánico, limpio y sereno del engranaje abrió una brecha inquietante en el sigilo ambiental y renovó el coraje del valentón. Quiso éste apañar la cámara y tuvo que conformarse con hacer presa en el aire. Aquello era cosa de brujas: la Svobja se deslizaba sobre la mesa, como movida por mano invisible, sin dejar de disparar. Si el pollero hubiese esperado unos instantes antes de salir corriendo y dejar el suelo cubierto de plumas, habría comprobado que dos risitas sin boca, una femenina, otra varonil, se cruzaban por el aire en espectral esgrima de chufla y satisfacción.

La Baldo se despertó a hora de vísperas y, buscando agasajos, tanteó con mano mimosa el hemisferio camero que correspondía a su amante. No se extrañó al hallarlo vacío: el garañón solía abandonar el lecho una vez cumplidos sus débitos inguinales para reponer fuerzas con las vitualllas de la fresquera. Arrastrando las zapatillas, cansina y remolona, la Baldo enfiló hacia la cocina y sólo terminó de despertarse al ver que la puerta de la calle estaba abierta de par en par. La cerró con cuidado, preocupada por los chimorreos de las vecinas más que por otra gaita, y campaneó la cabeza, encorajinada, por tamaño descuido y sinrazón. Al pasar frente al estudio y ver las cortinas descorridas, mentó a la pollera madre con mucho filo y poca caridad y no paró

de renegar hasta que hubo cubierto de agravios a la tercera generación de antepasados de su galán. Cuando empezaba con la cuarta, apreció que sobre la mesa había una foto de tamaño común pero de contenido extraordinario. La Baldo tuvo que despegarse las legañas para terminar de creer lo que venía en ella: allí, en una cartulina de medio palmo, sobre poco más o menos, esta «su» pollero tendido sobre Fermina, la criada de la casa de enfrente, esa guarra ceceosa que tenía el gusto bienencajado, en trance de escapársele las cabras, una pierna estirada para Alpedrete y la otra para el juzgado de guardia.

En otras circunstancias, la Baldo se hubiera comido los bofes de aquellos dos malnacidos a dentelladas celosas y calientes. Pero ahora, reaccionó como lo que ya era: una ciudadana manumisa, propietaria de un pisazo en el barrio de Salamanca con siete balcones a la calle y vistas al Retiro. Es decir, se lo tomó con filosófica pachorra, razonando que los folletines sangrientos eran sólo cosa de criadas. En consecuencia, se limitó a llamar al cerrajero para que viniera esa misma tarde a cambiar la cerradura y luego se echó al bandujo los dos tazones de natillas con bizcocho que había preparado para el, desde ahora, innombrable. Mientras rebañaba con la cuchara los últimos cuajarones, la Baldo recordó que el mocetón que atendía el puesto de variantes del mercado llevaba tiempo haciéndole muchos mimos y garatusas: no sólo feriaba sus encantos, sino que siempre le cobraba de menos o añadía unos gramos a la cantidad solicitada. Y corría fama de que gastaba un buen mandado. A mandado muerto, mandado puesto. Haciendo estos calendarios, la Baldo no escuchó dos leves suspiros fantasmales, uno femenino, otro varonil, que aromaron el aire con afanes de paciencia y resignación.

FRANCISCO PRADA

(TRABAJO GANADOR DEL XVII CERTAMEN LITERARIO DE NARRATIVA GENERAL 1995)

DESCRIPCION DE BARGAS EN EL DICCIONARIO GEOGRAFICO-ESTADISTICO-HISTORICO DE ESPAÑA Y SUS POSESIONES DE ULTRAMAR

Editado en 1846 por Pascual Madoz
BARGAS

Lugar con ayuntamiento de la provincia., partido judicial y diócesis de Toledo (de la que dista 2 leguas), audiencia territorial de Madrid (10), capitanía general de Castilla la Nueva:

Situada en un valle rodeado en su mayor parte de olivares, a la derecha del camino de Madrid a Toledo.

Goza de clima benigno, reinan los opuestos vientos del Este y Oeste, y se padecen catarros, afecciones cerebrales e intermitentes de varios tipos.

Tiene 800 casas de mediana construcción, con la municipal y cárcel en el mismo edificio; escuela de niños á la que asisten 100, otra de niñas concurrida por 80, dotadas una y otra por los fondos públicos.

Iglesia parroquial con la advocación de San Esteban; una ermita con la del Cristo de la Sala, y en las afueras 2 fuentes de buenas aguas, aunque un poquito gordas, para consumo del vecindario.

Confina el término por el N. con el de Yunclillos; E. Olias, S. Toledo, O. el río Guadarrama en distancia de 1 a 1/2 legua y comprende varias labranzas llamadas dehesas de las que las principales son Serranos, Oranque, Mejorada, Calvín Alto, Arrayeles, Los Llanos, Aceñuelas, Mazarabeas, Canillas, Majazules y otras menos notables.

A 1/4 de legua pasa el río Guadarrama, en el que hay un puente que dista del pueblo 1 1/2 legua, hacia el Oeste, inclinándose un poco al norte: sigue con el mismo nombre hasta el Tajo en el que desemboca a 2 1/2 leguas del pueblo.

La calidad del terreno es muy varia, desigual y de secano; los caminos locales bastante malos; el que conduce a Toledo tiene buenos trozos.

El correo se recibe en Olías, tres veces a la semana.

Produce cereales y aceituna, se mantiene algún ganado lanar y se dedican muchos habitantes a cebar el de cerda que se conduce casi todo a Madrid; se cría caza menor.

Industrias: panaderías y molinos de aceite.

Población: 917 vecinos, 3.452 almas.

Recopilado por: Mariano Pleite/95

PROGRAMA DE FIESTAS

SABADO DIA 9

07,00 Tarde

— Final Infantil trofeo Calva en Pza. de Toros.

09,00 Noche

—Final Mus y Truque en la Caseta de la Asociación «LA CALVA» c/ Arroyada.

DOMINGO, DIA 10

09,00 Mañana

—Final Senior Trofeo Calva en Pza. de Toros.

09,00 Mañana

— TIRO AL PLATO organizado por la Sociedad de Cazadores «Valdeolivas» a beneficio del Stmo. Cristo de la Sala. (ver programa aparte).

10,00 Nañana

— CARRERA CICLISTA organizada por la Peña ciclista Bargas (ver programas aparte), categorías: Juveniles y Aficionados de 2º.

JUEVES, DIA 14

09,00 Noche

— CONCURSO GASTRONOMICO DE BARRIOS.
(ver cartel aparte).
— CONCURSO DE EMBELLECIMIENTO DE CALLES

07,00 Tarde

— XVII CROSS POPULAR.

VIERNES, DIA 15

07,30 Tarde

— OFRENDA FLORAL AL STMO. CRISTO DE LA SALA ofrecida por los niños y niñas de la localidad, ataviados con los trajes típicos de nuestro pueblo.

09,30 Noche

— Inauguración Oficial de las Fiestas con la proclamación de las Reinas y Damas de Honor.

El Sr. Alcalde nos dirigirá unas breves palabras y dará la orden de quemar el famoso y sin igual CHUPINAZO que organiza y patrocina la Peña «La Viga».

Una vez finalizado el mismo se iniciará el DESFILE DEL XII CONCURSO DE CARROZAS que estará amenizado por las Bandas de Música de la localidad.

Durante el desfile de Carrozas la Peña «La Viga» aportará una fuera de concurso así como su famoso «Carrito de los Helaos» que servirá como plataforma para la distribución de caramelos, limonada y sardinas saladas. Todo ello amenizado con la increíble marcha de la Agrupación Musical Peña «La Viga».

Finalizado el concurso se procederá a la entrega de premios del Concurso de Carrozas en el local de la Peña «La Viga» (C/ Arroyada).

12,00 Noche

— VERBENA POPULAR en la Plaza de la Constitución a cargo de la Orquesta MONTECARLO.

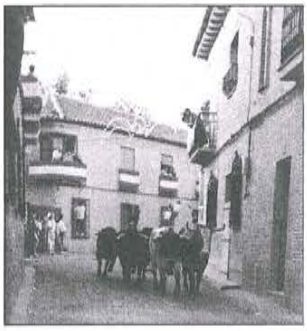
SABADO, DIA 16

09,00 Mañana

— Tradicional ENCIERRO por el sitio de costumbre.

Todos los encierros comenzarán a la suelta de 3 cohetes.

(Haciendo saber que durante todos los encierros la Peña «La Viga» obsequiará a todos los vecinos y asistentes con sardinas saladas y vino del «Carrito los Helaos».



06,00 Tarde

— NOVILLADA PICADA
(Ver programas aparte).

07,30 Tarde

— XIII EXPOSICION DE ARTISTAS BARGUEÑOS.

09,00 Tarde

— Solemne MISERERE en el que actuará la Coral Parroquial de Bargas y la Banda de Cornetas y Tambores de Bargas. Una vez finalizado el mismo se procederá a la típica quema de la LUMINARIA y CASTILLOS DE FUEGO.

11,00 Noche

— VERBENA POPULAR en la Plaza de la Constitución amenizada por la Orquesta CARRUSEL.

12,00 Noche

— Tradicional quema de FUEGOS ARTIFICIALES en la calle Arroyada a cargo de la Pirotécnica HUMANES.

DOMINGO, DIA 17

09,00 Mañana

— Tradicional ENCIERRO por el sitio de costumbre.

11,00 Mañana

— Solemne MISA MAYOR con la actuación de la Coral de RTVE. Al término de la misma se realizará una mascletá en la puerta de la Iglesia, para después obsequiar con un vino a todos nuestros mayores.

01,00 Tarde

— CONCIERTO en la Plaza de la Constitución a cargo de la Banda de Música de la Academia de Infantería de Toledo.

05,00 Tarde

— BECERRADA. (Ver programa aparte).

09,00 Noche

— Tradicional PROCESION DEL STMO. CRISTO DE LA SALA, que será acompañada en su desfile por la Banda de Música de la Academia de Infantería de Toledo y las Bandas de Música de la localidad.
Una vez finalizada la misma se procederá a la quema de una bonita colección de FUEGOS ARTIFICIALES a cargo de la Pirotecnia ARNAL, S. A. de Moncada (Valencia).

12,00 Noche

— VERBENA POPULAR en la Plaza de la Constitución a cargo de la Orquesta MANHATTAN.

LUNES, DIA 18

09,00 Mañana

— Tradicional ENCIERRO por el sitio de costumbre.

11,00 Mañana

— Diana y Pasacalles a cargo de la Banda de Cornetas, Tambores y Gaitas de Bargas.

06,00 Tarde

— CORRIDA DE REJONES (Ver programa aparte).

10,00 Noche

— VERBENA POPULAR en la Plaza de la Constitución amenizada por la Orquesta ANDALUS.

MARTES, DIA 19

08,00 Mañana

— CARRERA DE GALGOS, en el paraje de la «Lagunilla» Organizada por la Agrupación Galgera «San Esteban» de Bargas.

10,00 Mañana

— ACTUACION INFANTIL.

01,00 Tarde

— CONCIERTO en la Pza. de la Constitución a cargo de la Banda de Música Sta. Cecilia.

06,00 Tarde

— TRADICIONAL BECERRADA organizada por la Junta Protectora del STMO. CRISTO DE LA SALA, participarán los mozos y mozas de la localidad.

10,00 Noche

— VERBENA POPULAR en la Plaza de la Constitución amenizada por la Orquesta MANCY.

— El Ayuntamiento se reserva el derecho de realizar cualquier modificación o alteración de este programa oficial por causas imprevistas.

LAS ORTIGAS

Cuando llegué a la plaza, me di cuenta de que el aire olía a soledad, por eso supe que tú ya no estabas.

Una lluvia fina mojaba el silencio, que se apretaba en los rincones de la plaza, donde parecía haber fermentado la soledad y se espesaban las ortigas. Pero enseguida escampó, y salió un sol amarillo que impregnó de una luz mortecina algunos tapiales que aún quedaban erguidos, y aparecieron unas lagartijas que se quedaron muy quietas.

Podría haber ido hasta casa, pero no lo hice porque sabía que allí sólo encontraría ratas escuálidas que el hambre ya habrá vuelto locas, porque sabía que tú ya habías hecho lo que me dijiste que harías cuando sintieras que te morías. Lo que me dijiste aquel día junto al fogón, cuando se llevaron a madre.

Ya sé que he llegado tarde, que tendría que haber venido cuando Juan me hizo aquella llamada y me dijo que había estado por aquí y que te había encontrado muy enfermo, que como no viniéramos a buscarte te ibas a morir solo como una alimaña. Pero a Lucía le costó decidirse, porque no teníamos sitio. Aunque al final aceptó, y me dijo que viniera a por ti, que dormirías en el sofá, que ya nos las arreglaríamos, por unos días...

También sé que aunque te hubiera encontrado vivo no habría sido fácil convencerte. ¿Te acuerdas?: «No a mí no me gusta la ciudad. No os preocupéis si no podéis llevarme con vosotros. Prefiero quedarme aquí, con los perros». Eso nos dijiste, padre; aunque las palabras de Lucía, que yo sabía que tú habías oído porque estabas muy cerca y porque después me miraste con una mueca de pena, influyeron en tu decisión. «No. Lo siento. Nosotros no podemos cargar con un viejo», me dijo, cuando se llevaron a Cándido sus hijos y tú te quedaste mirando cómo se alejaba el coche y sintiendo el zarpazo de la soledad.

Entonces aún estabas bien. Todos los días andabas con los perros durante varias horas. Y después recorrías el pueblo, «para espantar a las ortigas», me decías «que siempre están al acecho, y si no ven a nadie acaban inundándolo todo. Porque estas hierbas se alimentan de soledad; y hasta ahora se están frenando porque me ven todos los días, pero ya verás cómo crecen cuando me muera». Y me lo decías, padre, con los ojos vidriosos y mirándolas de reojo, como una fiera a la defensiva.

Era la soledad la que alimentaba a las ortigas, pero también la que como una niebla espesa acabó invadiéndote hasta pudrirte la voluntad.

La última vez que hablé contigo te dije que te vinieras con nosotros a pasar las navidades; pero tú levantaste la cabeza del fogón y me arrojaste una mirada vacía, como si las entrañas que la sustentaban estuvieran ya secas. En tus ojos pequeños y escondidos relucían las ascuas de la lumbre. Ni me contestaste; sólo me dijiste con la mirada que te dejara en paz.

Aquel día me di cuenta de que ya estabas muy cansado de vivir. Te pasabas todo el día junto a la lumbre, acurrucado entre el vaho tibio del fogón. Ya apenas hablabas. Y lo único que te sustentaba a la vida era un leve instinto de supervivencia, que se te iba diluyendo poco a poco entre la niebla de soledad, y que absorbían enormes ortigas que ya casi no te veían.

Y ahora, que ya sé que estás debajo de esta lápida sin inscripción, te imagino los últimos días de tu vida vagando como un animal herido, e intentando, ya en vano, parar el avance de las ortigas.

Te imagino recorriendo las calles repletas de fantasmas, quizás con la fiebre dándote sus últimas dentelladas. Asomándote a las puertas y ventanas reventadas, bordadas de musgo y telarañas. Y tú llamando a los fantasmas que tu memoria gastada aún no había olvidado.

—¡Esteban! ¡Luisa! ¿Estáis ahí? ¿Sabéis dónde está mi mujer? No la encuentro. Estoy muy malo—. Y tus llamadas serían respondidas por negros aleteos que batiendo el aire podrido escaparían rápidamente por cualquier boquete.

—¡Andrés, hijo! Ven a ayudarme— me suplicarías insistentemente. Y me verías muchas veces corriendo hacia ti. Como cuando era niño. Hasta que era devorado por la maldita soledad.

Y te veo en casa en la penumbra rijiza de la lumbre, sentado en tu silla de enea, removiendo las brasas y los recuerdos ya carcomidos. Sintiendo cómo se colaba por las rendijas de la puerta el aliento frío y negro de la noche. Oyendo de pronto, otra vez, el golpe seco que te paraba el aliento, a pesar de estar acostumbrado, y que se extendía como un zarpazo sordo, haciendo añicos el silencio que envolvía a la soledad fría y negra. Hasta que te dabas cuenta de que era otra cosa, que se había tumbado para siempre como una res herida de muerte.

Tal vez pasaste muchas noches de insomnio, acompañado por los fantasmas más queridos. Con madre. Con José, a quien nunca olvidaste a pesar de que habían pasado más de treinta años desde que se lo llevó el río. Con los vecinos que te acompañaron durante toda su vida, antes de marcharse a anidar para siempre bajo las amapolas y las ortigas, que ya crecen libremente en este recinto de abandono.

Serían muchos los recuerdos que brotaron por tu memoria desvencijada, y que te acompañaron durante los últimos momentos de tu vida. O tal vez la fiebre y el aliento de la muerte cercana te hicieran pensar que tú tampoco existías ya, que sólo eras un fantasma más, un muerto sin enterrar. Y al vez en ese momento se te diluyó el miedo, y supiste que sólo quedaba por hacer lo que me dijiste que harías cuando llegara ese momento; lo que me contaste aquel día junto a la lumbre, cuando volvimos de enterrar a madre.

Y ahora ya te has escapado de la soledad que tenías incrustada hasta los huesos. Ya estás, para siempre, junto a los tuyos.

Al lado tienes a José «¡Qué guapo era! Si yo no le hubiera dejado solo... El angelito», mascullabas cada vez que te acordabas.

Y un poco más allá están Miguel y su mujer, Sabas y sus hijos, Esteban y Luisa...

Y aquí, a mi lado, tines a Pedrito. ¿Te acuerdas cómo bailaba en las fiestas del pueblo? Entonces la plaza estaba sin ortigas, limpia y adornada con bombillas de colores. Y allí, cuando la trompeta de Narciso desgranaba las primeras notas de aquella canción que tanto le gustaba, saltaba sobre su culera de lona como un sapo contento; hasta que lo cogíais y os lo llevávais a beber vino, mientras él seguía moviendo los muñones que le dejó aquel barreno al ritmo de la música.

Y madre. Ya siempre a tu lado. Como tú querías.

Su ausencia fue la que más te dolió. Por eso, cuando te faltó, fue cuando decidiste hacer lo que ahora has hecho; lo que me dijiste aquel día de invierno, con las manos ateridas impuestas sobre la leña crepitando.

Cuando se lleven a Cándido, me quedaré solo en el pueblo. Por eso ya lo he dejado todo preparado junto a la sepultura de madre. Cuando vea que me muero, si me quedan fuerzas, me voy para allá y me entierro. Lo que no quiero es que cuando llegues me encuentres picoteado por las urracas, que esos pájaros acaban colándose por cualquier sitio cuando huelen a muerto.

Sólo te pido que frenes a las ortigas. Porque ya verás cómo avanzan cuando no me vean. Por eso quiero que las espantes en primavera, que es cuando más crecen si no ven a nadie.

Eso me dijiste, padre. Y por eso 'se que estás ahí, en esta tumba que tú mismo excavaste. Con los ojos cerrados y la expresión de dulzura que te ha dejado la sobredosis de pastillas para dormir que yo te traje en mi última visita, y que tú te has tomado antes de acostarte para siempre.

Y lo sé muy bien, padre.

Pero no... No lo sé por lo que tú quizás creíste ver. Es posible que la fiebre te hiciera delirar

durante los últimos días. Y tal vez creíste verme junto a ti. Y quizás la fiebre te hiciera ver que fui yo quien cogió aquella cajita amarilla y la vació en tu vaso de leche.

Has estado muy enfermo, y probablemente, en tus últimas horas, desfiguraste la realidad. Hasta es posible que según se te escapaba la poca vida que te quedaba, creyeras oír que yo te decía que no teníamos sitio, que no me podía quedar contigo,... que no podías seguir viviendo como un animal.

Pero no, padre. Todo sucedió como tú lo habías pensado, como me contaste aquel día junto a la lumbre.

Ahora me tengo que marchar. Le diré al juez que no querías seguir viviendo, que te habrás arrojado a algún barranco y que te habrán devorado las alimañas.

Sería mejor que no removieran nada, que nos dejaran en paz.

Y no te preocupes, padre: vendré cada primavera a espantar a las ortigas.

FRANCISCO DE PAZ TANTE

(TRABAJO GANADOR DEL XVII CERTAMEN LITERARIO DE NARRATIVA LOCAL 1995)

TARJETAS DE LA CAJA RURAL DE TOLEDO

Utilizarlas, es lo que se lleva...

... PARA TODO.

- Visa, ServiRed y ServiRed Gasoleo. Estas son las Tarjetas que La Caja Rural de Toledo pone en tus manos.
- Para que puedas pagarlo todo cómodamente: ropa, comida, viajes, gasolina...
- Para conseguir dinero en efectivo rápida y sencillamente. Estés donde estés. A cualquier hora y en cuelquier día del año.
- De la forma más segura.
- Y para consultar tu saldo, los últimos movimientos, pedir un extracto, etc...
- Ya lo ves, las Tarjetas de La Caja Rural de Toledo se utilizan para todo.
- Llévalas contigo.

CAJA RURAL DE TOLEDO

OFICINA EN BARGAS:
C/ Santiago de la Fuente, 12
Teléf.: 35 73 93 BARGAS (Toledo)

PESCADOS

PICA S.L.

C.I.F. B-45247384

C/. REAL, Nº 5 - TELF.: **35 70 11** - **BARGAS** (TOLEDO)

PARTICULAR: 49 31 01

Plaza España, s/n
Teléf.: **77 05 61**

45500-**TORRIJOS**
(Toledo)

Grupo Asegurador

Nueva oficina - Próxima apertura
C/ Adrián Nodal, s/n.

Construcciones MAROTO Y RODRIGUEZ S.L.

Poeta Pedro Bargueño, 2
San Juan, 5
Teléfs.: 49 30 59 - 35 75 97

45593 BARGAS
(Toledo)

Eulogio e Hijos, s.l.

CEREALES - FERTILIZANTES
SECADERO DE MAIZ

Oficinas:
Adrián Nodal Navarro, 1
Teléf. y Fax 35 72 38 (2 líneas)
45593 BARGAS (Toledo)

Ctra. Estación de las Infantas,
Km. 2,600
Teléfs. 891 11 42 - 891 11 43
28300 ARANJUEZ (Madrid)

Piensos del Pilar, S.L.

Camino del Cebollón, s/n
Ctra. L-32 Km. 9. Telf. 35 77 26
Part. 35 74 09 - Fab. 35 81 03
45593 BARGAS

C/ Arroyada Bargas

José Valenzuela Hornos *Mª del Rosario Zamora Ruiz*

ELECTRICIDAD
Tecman
MONTAJES ELECTRICOS

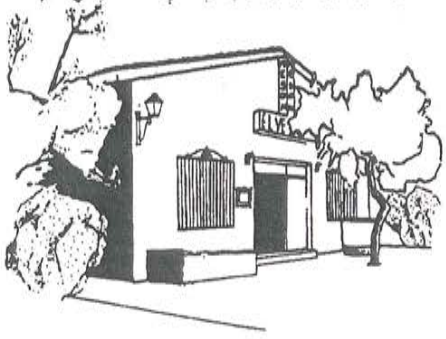
ANTENAS PARABOLICAS

Polígono Industrial - C/ Avda. Jarama Parcela 8 Nave 6 45007 TOLEDO
Teléf. y fax (925) 23 02 20 - Telf. (925) 35 73 20
Teléf. Móvil 908 91 20 40

Besugo
en Escabeche
(Especialidad)

Judias
con Perdiz
(Especialidad)

Mesón
"El Ventorro"



Carnes,
Pescados y Caza
(Especialidad)

Conejo,
Mollejas
(Especialidad)

Ctra. Toledo - Valmojado, Km. 2,500
45593 Bargas (Toledo)

Telf.: (925) 35 72 76

ANCOMAR

VALLE DE SANTIAGO, S. L.

SERVICIO DE GASÓLEO A DOMICILIO

Carretera L - 32, Km. 9
Teléfono (925) 35 84 55

45593 B A R G A S
(Toledo)

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO DE:

ICI-ZELTIA, S.A.
AGROQUIMICOS

AGROQUIMICOS TOLEDO C.B.

INSECTICIDAS-MAQUINAS-TRATAMIENTOS
ASESORAMIENTO TECNICO DE FINCAS

C/ Pardo 7 - Telf. 35 79 97
BARGAS

IGS
INTERNATIONAL
GRAPHIC SERVICE

SERVICIO GRAFICO NACIONAL E INTERNACIONAL, PARA LA REALIZACION DE SUS IMPRESOS, FOLLETOS, CATALOGOS, PAPEL CONTINUO, REVISTAS, LIBROS...

Urbanización Santa Clara, 34
45593 BARGAS (Toledo)

Tel.: (925) 35 88 12
Fax: (925) 35 70 18

FINDETOSA

Ferretería Industrial de Toledo, S.A.

Avda. General Villalba, 21
Teléfs. 22 07 61 - 22 17 76

Fax 22 06 05
T O L E D O

Paseo de la Rosa, 112
Teléfs. 21 27 04 - 21 04 87

DISCO - BAR

Coca-Cola

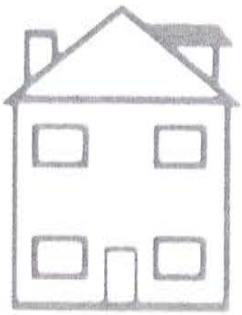
BARGAS (Toledo)

DEPOSITO CRECIENTE A 10 AÑOS SANTANDER

Agente colaborador:
Esperanza Sánchez Gutiérrez
(Viuda de Nicolás Rodríguez Moreno)
C/ San Esteban, 8
Teléf.: 35 73 54
BARGAS

Banco Santander

PROMOTORA DE LIZANA MARTIN



Construye en BARGAS
Pisos de 1ª calidad en
C/ Real, 63 de V.P.O.

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

C/ Plaza Magritos, 9 - BARGAS
Teléf.: 35 74 73

HIPOCLORITO

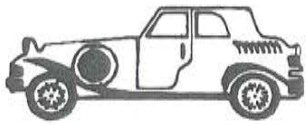
Tejar Viejo ®

TRATAMIENTOS DE AGUAS

* LA BOUTIQUE DE SU PISCINA *

Ctra. Calvín a Méntrida, Km. 16,500 Teléf. 78 41 78
45510 - FUENSALIDA (T o l e d o)

TALLER EUSTAQUIO SILVA, S. L.

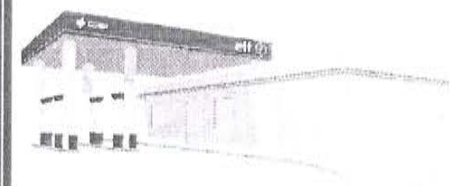


MECANICA EN GENERAL
Y NEUMATICOS EQUILIBRADOS
Y PARALELOS LAVADO DE
COCHES Y TAPICERIA

Teléf.: 35 82 87
BARGAS (Toledo)

Estación de Servicio

LOS CANTOS



Luis Maroto Mora

Gasoleos de calefacción y agricolas a domicilio

Ctra. Toledo-Bargas Km 1,700 Teléf. 35 73 00 49 31 37 Bargas

PERFUMERIA DROGUERIA

"AZUL"

- ALTA PERFUMERIA
- COSMÉTICA GENERAL Y SELECTIVA

C/ Agua, 17
C/ Procesiones, 6
BARGAS (TOLEDO)

PREBETONG CASTILLA, S.A.
Grupo Valenciana de Cementos

HORMIGONES TOLEDO

MIEMBRO DE ANEFHOP

CENTROS DE PRODUCCION ZONA DE TOLEDO

POLIGONO	Tlf.:	23 14 66
S. BERNARDO	Tlf.:	21 62 58
ILLESCAS	Tlf.:	51 16 57
PANTOJA	Tlf.:	55 40 64
VALMOJADO	Tlf.:	(91) 817 04 33
MADRIDEJOS	Tlf.:	46 02 29
HUECAS	Tlf.:	78 56 53
ORGAZ	Tlf.:	59 40 57
BARGAS	Tlf.:	59 00 60

Oficinas Administrativas: Hernández de Tejada, 1 - 28027 Madrid - Tel.: 377 92 00 - Fax: 377 92 03
Oficinas Comerciales: Avda. Manoteras, 48 - 28050 **Madrid**
Telf.: 383 92 37 / 383 85 68 - Fax: 383 91 78
C/ Valdelospozos, s/n - 45007 **Polígono Ind. Toledo**
Telf.: (925) 23 18 08 / 23 14 66 - Fax: 23 02 69
C/ Capitán Cortés, 33 - 45600 **Talavera de la Reina** (Toledo) - Telf.: (925) 80 42 78 - Fax: 80 69 14

Construcciones

LUIS MAROTO E HIJOS, S. L.

VENTA DE VIVIENDAS Y LOCALES COMERCIALES

Ramón y Cajal, 13
Teléf.: 35 81 32 y 35 71 46
BARGAS (Toledo)

AGROMONTAJES, S.A.
SISTEMAS AGROPECUARIOS

RIEGOS • PISCINAS
FONTANERIA • CALEFACCION

OFICINA-ALMACEN
C/ Yunclillos, 7
BARGAS (Toledo)
Teléfo.: 35 70 28

TIENDA-ALMACEN
Ctra. Madrid-Toledo, Km. 63.300
OLIAS DEL REY (Toledo)
Teléf.: 35 36 60 - 35 36 51
Fax 35 36 51

EXCAVACIONES Y DERRIBOS EN GENERAL
DEMOLICIONES DE HORMIGON CON MARTILLO

ANTONIO ALONSO HIDALGO

Miguel de Cervantes, 5
Teléf.: 35 82 55
45593 BARGAS (Toledo)

MANUEL ALGUACIL
TRANSPORTES Y MATERIALES, S.L.

C/. Batalla de Lepanto, 2 - Tel.: (925) 35 87 08
45593-BARGAS (Toledo)

TOLEDEPORT

TU ESTABLECIMIENTO DE DEPORTES

Prendas y Artículos para todos los Deportes - Trofeos
Boutique Sportswear

Avda. América, 4 - 6
Teléf. (925) 22 00 99
Fax 22 39 85
45004 TOLEDO

Autocares Bravo

PEDRO BRAVO ORTIZ

VIAJES Y EXCURSIONES EN AUTOCAR
EQUIPADO CON VIDEO
Y AIRE ACONDICIONADO

C/ Lominchar, 36
Teléf.: 52 20 81 45211 RECAS (Toledo)
Móvil 908-01 42 07

EL AYUNTAMIENTO AGRADECE A TODAS LAS EMPRESAS ANUNCIADAS SU COLABORACION EN LA REALIZACION DE ESTE PROGRAMA

FIESTAS POPULARES

EN HONOR DEL

STMO. CRISTO DE LA SALA

15-19 SEPTIEMBRE

BARGAS

1995

Vista Aérea de Bargas

Pagar en el super, comprar ropa, electrodomésticos, restaurantes, viajes, vacaciones, regalos, gasolina,...

La forma más cómoda y segura de comprar de todo.

Y de pagarlo todo.

Además con las tarjetas CCM podrás disponer de dinero las 24 horas del día en la Red de Cajeros o en las Oficinas de Caja Castilla La Mancha, conocer tus últimas operaciones, consultar el saldo, etc.

Lo compra todo. Lo paga todo.

C/Benito Garcia de la Parra,11
BARGAS (Toledo)

Compra con tarjeta CCM

PROGRAMA OFICIAL DE FIESTAS 1995

EDITA: EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BARGAS